

## **PRESENTACIÓN DEL CARTEL “PASIÓN EN SALAMANCA 2014” DE LA TERTULIA COFRADE PASIÓN**

**Diego Valverde Villena**

**Salamanca, 06 de marzo de 2014**

¿Se acuerdan ustedes de *La mujer pantera*? No me refiero a la primera versión, la de Jacques Tourneur, sino a la de Nastassja Kinski, dirigida por Paul Schrader en los 80, que se abría con la voz de David Bowie.

Recuerden la escena en la que Nastassja Kinski se vuelve pantera. Es de noche, la visión cambia y sus ojos deben adaptarse a la oscuridad. Entonces, ve como con infrarrojos. Y ve, de toda la realidad, sólo lo que le interesa, lo más real de todo. De entre la negrura sólo sobresalen unos puntos rojos: la caza, la presa.

La realidad abarca todo. Pero no todos ven lo mismo –aunque sea lo mismo-. ¿Cómo percibimos? ¿Qué percibimos? Como si la realidad tuviera capas, unos se quedan a unos niveles, otros a otros. Decía Aristóteles: lo que se percibe es percibido según la manera de quien lo percibe.

Si vemos el cartel de Semana Santa encontraremos una vista de Salamanca, un farol, sombras y luces, un monumento...

Pero si nos tomamos nuestro tiempo y miramos a fondo, y al mirar *nos miramos* hacia dentro también, empezaremos a ver otras cosas. Si miramos con los ojos de la fe, del fervor religioso; si miramos con unción; si miramos escuchando el mensaje que Dios nos da a cada paso con todo el Universo –como supieron ver los cabalistas sefardíes-, entonces advertimos que el fanal es una cruz. Y que las sombras y luces son capirotos de cofrade, y que el monumento es un paso. Vemos que allí, en ese cuadro que nos muestra una imagen cotidiana de Salamanca, está la Semana Santa entera.

Porque eso es la Semana Santa. Por supuesto, la Semana de Pasión, con sus imágenes, la liturgia y el rito. Pero la verdadera Semana Santa es la que ocurre en silencio, en nuestro interior. Es esa preparación cotidiana, ese ahondar dentro de nosotros, ese ver la Pasión de Cristo en nosotros. Esa Cuaresma que empezó ayer con la ceniza –una ceniza que es símbolo; que no es sólo ese polvo quemado que signa la cabeza, sino una marca en el espíritu.

Una marca que no se ve: sólo se intuye.

Y así, desde el Miércoles de Ceniza, llevamos nuestra vida cotidiana. Y hablamos, y paseamos, y trabajamos, y hasta comemos cosas ricas. Ya dijo Cristo “no corrompe al hombre lo que entra por su boca sino lo que sale de ella”.

Llevamos nuestra vida normal, marcada por gestos cotidianos. Pero, si miramos en profundidad, nuestro quehacer cotidiano está todo imbuido de Semana Santa.

Tal como en el cuadro de Muñoz Bernardo: mirando con atención, de lo cotidiano surge lo sagrado.

Y, si repasamos la trayectoria de Muñoz Bernardo, observamos que esa es su marca: hacer que volvamos a ver –que veamos a fondo, de nuevo, como por primera vez- lo que vemos siempre. Muñoz Bernardo mira una ciudad, un paisaje urbano. Y, cuando nos lo muestra a través de sus ojos, vemos cómo hay más cosas de las que percibíamos. Y la realidad se enriquece de luz.

Entonces –como esa mirada infrarroja de la pantera- vemos lo importante. Vemos las redes de luz que ungen las ciudades. Vemos las perspectivas nuevas que llenan de significado nuestros pasos. Vemos las ciudades insospechadas que estaban ahí, escondidas. Que sólo necesitaban que Muñoz Bernardo nos las señalara para poder mostrarse a nosotros. Para

nacer –a través de sus cuadros- a nuestros ojos, y hacer nuestro mundo más rico y más pleno de sentido.

Así como en sus lienzos descubrimos las ciudades, escondidas en el tráfago de lo cotidiano, Muñoz Bernardo nos hace ver la Semana Santa, la Pasión del Cristo, latente en cada una de las piedras de la ciudad, mostrándose desde dentro de nosotros a cada paso, cuando sabemos mirar con el corazón.

Pues, como decía Paul Klee, “el arte no reproduce lo visible. El arte hace que las cosas sean visibles”.